



Las dos Coreas

Recuerdos de la Guerra Fría

Entre Corea del Norte y Corea del Sur se extiende una franja desmilitarizada de unos 238 km de largo y 4 de ancho, protegida por alambrados y fosos. Fue creada en 1953, al finalizar la guerra entre ambos países y llegó a ser una de las zonas más tensas de la Guerra Fría.



India-Pakistán

Conflictos recurrentes

Las guerras e incidentes que han sacudido a ambos países desde mediados del siglo XX llevaron a que su frontera sea una de las más fortificadas del mundo. Alrededor de 2003 se comenzaron a sellar con verjas electrificadas algunos tramos de esta línea limítrofe.



Gaza-Egipto

Frontera cerrada

A comienzos de esta semana, Palestina solicitó que la frontera entre Gaza y Egipto, cerrada tras un atentado, se abra al menos una vez por semana. Asimismo, en 2010, en el punto donde coinciden los límites de Gaza, Israel y Egipto, se anunció la construcción de un muro.

Un muro legado

Las posiciones en pugna

“Muro de la vergüenza”: el término, que durante años, sirvió para aludir a la barrera que partió Berlín en dos, hoy resuena en los movimientos que, en distintas partes del mundo, protestan contra los nuevos muros. Frente a los argumentos de quienes los erigen (freno al terrorismo, al contrabando o a las migraciones ilegales), organismos como Amnistía Internacional o Human Rights Watch, entre otros, denuncian la vulneración de derechos e, incluso, el deterioro ambiental que estas barreras suponen.

“LO QUE HOY EMERGE NO NECESARIAMENTE SUPONE UN ÚNICO ORDEN POLÍTICO”

MARÍA DOLORES BEJAR

Carrera: doctora en Historia, profesora de Historia contemporánea de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y en Flacso.

Publicación: su último libro es *Historia del siglo XX* (Siglo XXI), en el que entrecruza el derrotero de los países centrales con una periferia heterogénea.

1 En 1989 se habló del “fin de las ideologías”. ¿En qué medida cree usted que esa anunciada muerte sucedió en estos 25 años?

No estoy de acuerdo con la concepción que postula el fin de las ideologías, porque supone la ausencia de actores sociales y políticos que discuten y se organizan cuestionando el capitalismo liberal. La teoría de Francis Fukuyama, director delegado del Cuerpo de Planeamiento de Política del Departamento de Estado de los Estados Unidos, acerca del fin de la historia, se presentó en un marco histórico bastante preciso: el inicio del desmoronamiento de los regímenes del “socialismo real” en Europa del Este a partir de 1989. La decadencia del socialismo sería la demostración de que no habría de aparecer, con real éxito y vigencia importante, un régimen político alternativo al capitalismo liberal. Sin embargo, el capitalismo liberal, sin una opción que compita, ha dado paso a un período signado por las recurrentes crisis económicas y sociales hasta desembocar en la extendida crisis de 2008. La desigualdad social se ha disparado brutalmente con una pequeña porción de ricos cada vez más ricos y la ampliación del número de desocupados.

Es un período de incertidumbres en el que se visualiza lo que está dejando de ser, pero no se vislumbra lo que emerge, que no necesariamente supone un único orden social y político.

2 Hobsbawm escribió que el siglo XX termina con la caída del Muro de Berlín. ¿Hasta qué punto cree que estos 25 años representan una nueva era, y en qué medida continúan las líneas centrales del siglo XX?

Es posible reconocer una nueva era en varios sentidos. En primer lugar, en relación con la consolidación de la globalización, en el marco de la cual contamos con una economía basada en la producción de bienes en forma

transnacional. En segundo lugar, la emergencia de un nuevo grupo de países, los BRIC, con un alto grado de crecimiento y que buscan el diálogo entre ellos. También está el enorme poder de una tecnología constantemente revolucionada en la economía, y sobre todo, en la fuerza militar. Otro factor está dado por el desplazamiento del centro económico mundial desde Estados Unidos al norte, al sur y este de Asia. Si bien comenzó en los años setenta y ochenta con la presencia de Japón, desde los noventa el auge de China ha marcado un hito. El debilitamiento de la autoridad de los Estados nacionales y el fracaso de la tentativa de Estados Unidos de mantener en solitario una hegemonía mundial después de 2001. Por último, la proliferación de guerras intraestatales con nuevos actores: grupos insurgentes, paramilitares, policías, ejércitos, mercenarios, “señores de la guerra” y grupos criminales de carácter mafioso, en las que el mayor número de víctimas se encuentra entre los civiles, una tendencia que se viene dando desde las dos guerras mundiales. El presente se eslabona, en gran medida, con el siglo XX a través del procesamiento de la crisis global, cuyas raíces se encuentran en los primeros años de la década de los setenta, cuando se quiebra el pacto entre capital, Estado y trabajo que nació en la posguerra y se prolongó en los denominados años dorados (1945-1973).

3 Se ha escrito sobre el comunismo como la religión laica del siglo XX. Con su crisis, hace 25 años, ¿cree que alguna ideología lo reemplazó en ese sentido?

Con la caída del bloque soviético y la crisis del comunismo terminó (al menos hasta hoy) la presencia de un pensamiento y de un modo de organización proponiendo un proyecto alternativo al capitalismo y que al mismo tiempo compartía elementos claves con la ideología liberal democrática: la fe en el progreso y en la razón. No creo que haya que esperar necesariamente la emergencia de una nueva ideología. Si considero necesaria la conformación de propuestas políticas y sociales que pongan barreras al capitalismo global con fuerte peso de su aspecto financiero entrelazado con su dimensión productiva, y que conlleve la destrucción del tejido social en los países que un día formaron el Tercer Mundo, pero también en el que fuera el Primer Mundo. ●



Una instalación luminosa recorre una parte aún en pie del Muro

FABRIZIO BENSCH/REUTERS

De un tiempo mejor a una encrucijada. Los escenarios de un mundo heteropolar

Poderes regionales, disputas religiosas, consensos difíciles y nuevos autoritarismos dibujan un planeta en el que la bipolaridad de la Guerra Fría se convirtió en un tablero de fuerzas de integración y conflicto

Juan Gabriel Tokatlian
PARA LA NACIÓN

Poco de lo que se afirmaba al momento de la caída del Muro de Berlín parece hoy vigente. Se decía que la victoria de Estados Unidos y Europa le garantizaría la capacidad de forjar un nuevo orden. Que la unipolaridad centrada en Washington sería una condición prolongada y fuente de estabilidad planetaria. La fase neoliberal de la globalización era concebida entonces como sinónimo

de prosperidad extendida. Se pensaba que las instituciones y los regímenes internacionales fortalecerían el derecho, legitimarían el poder de los más influyentes y abonarían a la moderación de los países centrales y periféricos por igual. Se creía que una nueva ola de democratización era incontestable y con ello se validaría el pluralismo político/economía de mercado. La secularización resultaba, en consecuencia, un dato inexorable de la política mundial. En breve, se trataba de un momento pos: posmoderno, poshistórico, postsoberano y posreligioso, moldeado, básicamente, por los intereses y valores de Occidente.

Sin embargo, la acelerada redistribución de poder, riqueza e influencia de Occidente a Oriente y de Norte a Sur en el último cuarto de siglo definió un escenario cambiante y pugnaz. Es un hecho usual en las relaciones internacionales que los reacomodamientos estratégicos sean contextos turbulentos. Esto se viene agudizando por los desórdenes regionales exacerbados, en buena medida, por el abuso de poder de

Occidente. A su turno, los crecientes niveles de desigualdad en las naciones devienen en fuertes fricciones internas. Una globalización dispar es hoy sinónimo de inseguridad: la polarización interna no es el resultado de elementos subjetivos, sino de factores objetivos. Asimismo, la erosión de la legalidad internacional y la crisis del multilateralismo han aumentado las discordias entre los Estados y disminuido la posibilidad de cimentar consensos. Además, la democracia liberal está jaqueada por sus propios retrocesos, y en muchos casos por el aumento de verdaderas plutocracias, de democracias mayoritarias y de nuevos autoritarismos. No sorprende que los conflictos religiosos se agraven, al tiempo que las disputas étnicas y de clase se amplían. En síntesis, asistimos a un sistema mundial sobrecargado de tensiones, fracturas y disyuntivas.

Mapas del poder

Así, la irrupción de potencias emergentes y de poderes regionales del Sur ha conducido, otra vez, a la reflexión sobre el poder a nivel inter-

nacional. Con frecuencia se subraya que prevalece una situación de multipolaridad. Esto es la existencia, en el terreno de los Estados, de distintos centros de poder en relativo balance. Algunos analistas –retomando un concepto usado en 1999 por Samuel Huntington– aseguran en cambio que se fortalece la unimultipolaridad, con Estados Unidos como un *primus inter pares*, junto con otros poderes de envergadura. Unos expertos hablan de interpolaridad para explicar el entrelazamiento entre una redistribución de poder en clave multipolar y un intenso proceso de interdependencia global en el que aumentan los retos comunes a la comunidad internacional. Según otros autores asistimos, en realidad, a una situación de apolaridad con dos manifestaciones simultáneas: la ausencia de una gran superpotencia en el plano estatal y una notable influencia de fuerzas de diverso tipo en el plano no gubernamental. Otros observadores aseveran que estamos en una era no polar, sin un eje clave localizado en un Estado, con distintos *locus* de poder y varias fuentes de desorden.

Sin embargo, es probable que la característica de este momento mundial tan definido por lo intrincado, lo mutable y lo híbrido sea lo que denominaría “la heteropolaridad”. Es decir, el despliegue de un esquema de polaridades múltiples, tanto en el plano estatal como no estatal, con diversos actores y fuerzas legítimas e ilegítimas que interactúan y combinan niveles complejos y coetáneos de cooperación y conflicto en un mundo que muestra señales contradictorias de fragmentación e integración.

La heteropolaridad no presupone, como el unipolarismo y el multipolarismo, que su desenvolvimiento afiance per se la estabilidad y la paz. La contingencia, antes que la certeza, en los asuntos internacionales es la que reclama mayor atención. Lo heteropolar no significa que los procesos de transición lleven infaliblemente a un estadio promisorio. Estamos, parafraseando a Borges, ante “senderos que se bifurcan”: podemos ir en una dirección progresista o, por el contrario, movernos en una trayectoria regresiva.

Mirado con esta perspectiva, el derrumbe del Muro de Berlín fue un punto de inflexión que no implicaba, inevitablemente, el amanecer de un mundo mejor, sino una coyuntura, quizás irrepetible, para que Occidente aportase a la construcción de un orden justo, plural y equilibrado. La historia reciente muestra que se desperdició esa oportunidad. ●

El autor es director del Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales de la UTDT

El Muro, ¿un “experimento perfecto”?

Raquel San Martín
LA NACIÓN

Donde algunos ven un hecho histórico o un símbolo político, otros pueden ver un laboratorio invaluable para estudiar la conducta humana. “Los médicos pueden probar la efectividad de una nueva droga dándosela a un grupo de pacientes seleccionados al azar. Un científico social nunca podría, por ejemplo, bloquear rutas entre ciudades para estudiar la importancia de una buena infraestructura de transporte en el crecimiento económico local”, ejemplifica LA NACIÓN desde Londres Daniel Sturm, profesor asociado de la London School of Economics. “La división y reunificación de Alemania fueron shocks no anticipados en gran escala, y es uno de los pocos experimentos naturales que tiene a la vez un componente espacial vasto y para el que existe un excelente nivel de datos”, argumenta.

El entusiasmo de Sturm no es ex-

cepcional. Por el contrario, un número importante de académicos, en Europa y Estados Unidos, vienen utilizando la experiencia del muro de Berlín y su colapso como “un experimento perfecto”, en palabras de Sturm. Él analizó, con otros autores, el desarrollo económico de distintas ciudades alemanas, que estaban en el centro del país antes del muro, quedaron en la periferia de la Alemania occidental y volvieron al centro después de 1989. “La investigación muestra que la buena accesibilidad es una causa más poderosa de crecimiento económico regional de lo que se pensaba”, dice Sturm.

Otros científicos, con una particular preponderancia de economistas, han utilizado la experiencia alemana para analizar, por ejemplo, la efectividad de la propaganda política para delinear actitudes hacia la democracia, el rol de las relaciones sociales para estimular el comercio, la influencia de los regímenes autoritarios en los niveles de confianza interpersonal y en las instituciones

de gobierno. En todos los casos, se afirma, la experiencia del muro no perdió su capacidad de explicar realidades políticas, sociales y económicas, aún 25 años más tarde.

“La historia reciente de Alemania es un excelente experimento natural –confirma Alberto Alesina, economista y profesor de la Universidad de Harvard–. La división y reunificación pueden considerarse cambios de envergadura para la gente del Este del país en relación a los del Oeste, que fueron además «exógenos» para ellos. Estos cambios pueden usarse para evaluar cómo la evolución institucional y económica afecta la conducta de las personas”, explica. Su propio trabajo, de hecho –en colaboración con la economista Nicola Fuchs-Schündeln, de la Universidad Goethe, en Frankfurt–, compara ideas sobre la democracia entre poblaciones que habían vivido de uno y otro lados del muro, en 1997 y en 2002. En los 90, quienes habían vivido en el Este tenían a preferir aún un Estado robusto, por contraposición a los

ex-occidentales. En 2002, ambas poblaciones habían empezado a converger políticamente, lo que los animó a concluir que debían pasar una o dos generaciones para cerrar la brecha.

Otros estudios miraron la influencia de la televisión occidental, las heridas psicológicas de vivir bajo regímenes autoritarios y el modo en que distintos negocios crecieron cuando el muro desapareció, atados en general a relaciones personales que ya existían entre ambos lados.

“Nuestro interés es básicamente ayudar a dar forma al futuro. Nuestra investigación contribuye a la comprensión de los efectos de políticas clave, como la infraestructura de transporte e iniciativas de política regional o local”, dice Sturm. Para Alesina, en tanto, estos estudios pueden iluminar “directamente el efecto del colapso de regímenes comunistas, como en China, e indirectamente los efectos de ciertas instituciones y del adoctrinamiento en el comportamiento de las personas en el largo plazo”. ●